

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

° 359

25 Cts.

EB.



MUJER
IN ESTORBO

FOR
LIANE HAD
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración Teléfono 2717 A

Año VII BARCELONA N.º 359

Mi mujer es un estorbo

Comedia cómica

tomada del vodevil vienés

¡VAYA UNA NOCHE EN BERLÍN!

Protagonista: LIANE HAID

GRANDES EXCLUSIVAS
E. GONZALEZ-MADRID

Para Cataluña, Aragón y Baleares:

R. FINS

Rambla de Cataluña, 44, pral. - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de
JUNE COLLYER.

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía - Dr. Dou, 14 - Barcelona



Mi mujer es un estorbo

Argumento de la película

Con motivo del importante congreso de agricultura, que anualmente se celebra en Berlín, hay alguien que en el aburrimiento de su provincia sueña con delicia en el momento de asistir a tan interesante asamblea.

Este mortal es el señor Hams Kiem, un hombre pacífico a carta cabal y antítesis de su mujer, cuya ambición es erigirse en campeona, por lo menos, de todos los deportes. Como la señora Kiem está excesivamente provista de carnes, se entrega en cuerpo y alma a toda clase de ejercicios para adelgazar, y en su casa tiene un gimnasio.

Mientras la señora Kiem se halla en su ocupación favorita, el señor Kiem duerme tranquilamente, pues al día siguiente ha de madrugar para trasladarse a Berlín.

Y he aquí que, de pronto, en la imaginación del durmiente aparecen redivivos los recuerdos de su viaje anterior a la bella capital.

¡Ay, las hermosas berlinesas!

¡Cómo le estaban esperando de nuevo!

Y ardía en deseos de volverse a encontrar allí, donde no hallaría ningún estorbo para divertirse de lo lindo, deslizándose sus días de libertad entre "cabarets" y amores, sin temor a nadie.

Este año no vería ni a su único pariente de Berlín, pues éste habíale mandado la siguiente carta:

"Pienso ausentarme unos días de mi casa, y me sería muy grato que al venir tú al congreso de agricultura, te alojaras en ella. Así estaría mejor guardada. Telegrafíame el día de tu llegada. Tu primo

Fritz Krusew."

En aquel momento la señora Kiem, jugando a los bolos, para desarrollar sus bíceps y combatir su grasa, despierta, con el ruido que arma, a su marido; y éste, repasando con deleite el sueño que ha tenido, se levanta, se dirige hacia un escondrijo que se hizo practicar en una pared del cuarto conyugal, lo abre con precaución, con una llave que no abandona nunca, y saca del mismo algunos recuerdos de las aventurillas que corrió el año pasado.

¡Ay, Berlín! ¡Ay, niñas berlinesas!

¡Cómo gozó en el baile de los congresistas!

¡Qué bonita era aquella Lili, aquella Loló y aquella Lulú!

Una liga llena de adornos le hizo entornar los ojos. ¡Ay, mamá, qué noche aquella!

Absorto en la contemplación de los autos de fe — ¡y qué autos y qué fe! —, el buen Kiem hubiese esperado tranquilamente el amanecer sin volver a meterse en el lecho; pero el rumor de las pisadas del marimacho de su mujer le hizo cambiar de opinión, y cerrando precipitadamente la caja-sorpresa, apagó la luz y se hundió en la cama, disponiéndose a fingir que tenía mucho sueño.

La señora Kiem, apenas en su habitación, enciende la luz, observa a su marido, le ve aparentemente dormido y empieza a desnudarse, poniendo en todos sus gestos una energía masculina de pronóstico grave. ¡Cualquiera se atrevía a ponerse serio con ella!

Para descalzarse, la estrafalaria mujer se sienta en el borde de la cama, pero Kiem, cuyas piernas han sabido del peso de la "dulce" compañera, se agita en el lecho y protesta.

—¡Mecachis! Podías avisar.

—¡Aparta las patas y duerme!

—¡Eso es! ¡Trátame mal después de las molestias que me has estado causando esta noche!

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—Con tus bolos no me has dejado dormir a pesar de que al amanecer he de marchar a Berlín.

—Allá podrás dormir mientras tus compañeros pronuncian sus discursos sobre agricultura, que a ti nada te interesan.

—¿Por qué no han de interesarme? Al contrario, este año me conviene no perder una sola palabra de lo que digan, pues me propongo estudiar algunos puntos capitales de mucha trascendencia.

—Bueno, bueno... Los milagros que tú hagas... Duerme, duerme...

Kiem prefirió callar, y al poco volvía a soñar, acariciando el edredón de su cama, como si fuera... algo muy distinto a un edredón.

¡Ah, el pillastre!

¡A la vejez, viruelas!

**

En Berlín, en la Kaiseralles, 14, el hotel de Fritz Krusewitz, el primo de Kiem, que acaba de ausentarse.

No quedaban en la casa más que los cria-

dos: Elena, la doncella, y Toni, el ayuda de cámara.

Elena y Toni eran jóvenes y se amaban, pero la falta de recursos les obligaba a demorar su matrimonio.

Cansada de esperar en vano el feliz momento de su unión, Elena lamentóse, aquella mañana, a Toni, y él le dijo:

—Pero, ¿por qué te enojas conmigo, pequeña?

—Si te parece, me dirigiré al vecino de enfrente. Me figuro que después de cinco años de relaciones ya podrías ir pensando en nuestra boda.

—¿Con qué, monada?

—Siempre dices lo mismo: que no tienes dinero para la boda. ¡Búscalos!

—No conozco la manera...

En aquel instante entró en el hotelito, un tal Mudike, un sujeto que se dedicaba a vivir de lo que podía. A la sazón era agente general de "El Galápagos", gran fábrica de polvos insecticidas.

—¿Se puede o no se puede? — preguntó desde el marco de una ventana al nivel de la cocina.

—¡Hola, Mudike! Adelante por vía recta.

—Os vengo a hablar de algo importante para todos.

—¿Qué ocurre?

—Puesto que se ha marchado el señor Kru-sewitz, os propongo un buen negocio.

—¿De qué se trata?

—Quiero que me alquiléis esta casa por una noche para celebrar una sesión de cultura. Véase la clase:

“Salón de Fiestas Culturales

No deje usted de asistir a la gran fiesta que se celebrará en la noche del... de... de 1927.”

“Kaiseralles, 14.

Bailes de sociedad. Números de “variétés”. Recreos. Invitación personal y transferible.”

—¡Nones, amigo! — repuso Toni.

—Pero, hombre, estando el dueño fuera de Berlín, nadie te impide hacer lo que te pido. Ninguna casa como la vuestra es tan a propósito para estas grandes fiestas.

—No acepto... no acepto... Es inútil.

Elena no era del parecer de Toni, y dijo a éste, muy nerviosa:

—¡Que te opones, cuando podemos ganar el dinero que necesitamos para casarnos! ¡Eres un cobarde!

Y rompió a llorar, lo que aprovechó Mudike para insistir en su deseo.

—¡Chico, qué mal corazón tienes! No te conmueven ni las lágrimas de Elena.

Y tanto y tanto le suplicaron los dos que aceptase, que Toni terminó por acceder.

Apenas hubo dado su consentimiento, recibió un telegrama.

¿Qué diría aquel parte? Anunciaría la llegada de alguien? Era necesario enterarse de su contenido, y fué Mudike quien, venciendo los escrúpulos de Toni, lo abrió discretamente para volverlo a cerrar, después de leído, sin que nadie se diera cuenta de que había sido abierto.

Decía así:

“Agradecido a tu ofrecimiento, que acepto. Llegaré mañana 4’30.

Kiem.”

Toni palideció y dijo, furioso:

—¡Caracoles! ¡Quién podía pensar que ese provinciano aceptaría el ofrecimiento de su primo!

Mudike le replicó, asiéndose a una idea salvadora:

—¿Un provinciano, has dicho? Un segundo negocio. Lo explotaremos.

—Pero...

—Déjalo... Es cosa mía.

—Oye, oye...

—No temas... Yo me pinto solo para ciertas cosas. Y los provincianos son mi especialidad.

*
**

Mudike fué aquella noche al "Royal Cabaret", centro de animación y alegría.

En él actuaba la pareja de baile Lili y Rolf, con gran éxito, principalmente porque Lili valía un Perú y algo más.

Después de su trabajo de aquella noche, la pareja se separó por unos momentos en el "buffet", y un camarero, aprovechando la oportunidad de ver sola a Lili, acercóse a ella y le dijo:

—Señorita Lili, los caballeros de la mesa 13 desean obsequiarla... Por de pronto, sírvase aceptar esta caja de bombones.

—Gracias; pero supongo que también desean obsequiar a Rolf, ¿no?

—No; caballeros, no.

Rolf oyó esto y apresuróse a contestar, agresivo incluso, al camarero, devolviéndole la caja de bombones ofrecida a Lili:

—Esta mujer es mi novia y no alterna con nadie. ¿Lo entiende usted?

—Bien... Bien...

Alejóse el camarero, pero acto seguido presentóse ante la pareja el dueño del "cabaret", quien dijo a Rolf, sin contemplaciones:

—Las artistas están obligadas a alternar. Si alguna no quiere hacerlo tendrá que rescindir el contrato.

—¡Bailarina!... ¡Qué asco de oficio!... ¿Cuándo podremos reunir lo preciso para casarnos y



—*Esta mujer es mi novia y no alterna con nadie.*

estar tranquilos? — murmuró Rolf, desesperado, pues amaba locamente a Lili.

Esta, en tanto, hablaba de su amado con una compañera de oficio.

—Rolf es muy celoso y no me tolera ciertas

cosas — decía, lamentando como él la falta de lo necesario para ir al matrimonio.

—Ya se ve que te quiere mucho.

—Sí... Quiere que nos casemos y en seguida poner una academia de baile; pero necesita dos mil marcos y no puede reunirlos.

Mudike, al acecho de ocasiones, sorprendió la conversación de Lili con la amiga, y cuando ésta, requerida por su trabajo, se separó de aquélla, aproximóse a la novia de Rolf y le murmuró al oído:

—¡Siempre tan sugestiva, linda Lili!

—¡Hola, Mudike! Usted siempre tan li-sonjero. Se conoce que los negocios le sonríen.

—No me quejo, hijita, y, si tú quisieras, yo podría ayudarte a conseguir algo que deseas tanto como el pan que comes.

—De usted lo creo todo, porque es hombre de ingenio.

—Pues, escúchame bien... Tú necesitas dos mil marcos para casarte con Rolf, ¿no es verdad?

—Cierto...

—Bien... Yo puedo proporcionarte esos dos mil marcos.

—¿De veras? ¡Oh, Mudike! Pero, ¿cómo?

—Bastará con que un día y una noche entretengas a un provinciano. Eso para ti es cosa fácil. Yo lo combinaré todo perfectamente.

—¿Y si se entera Rolf, con lo coloso que es?

—Lo que yo te propongo son 2.000 marcos, y fíjate bien, tres cosas, a saber: tu boda, tu academia de baile, y... lo que le puedas



—¡Siempre tan sugestiva, linda Lili!

sacar al provinciano, empleando tan sólo un poquito de conversación. ¿Qué te parece?

—¡Acepto, Mudike, acepto!

*
**

Mientras Kiem viajaba camino de Berlín, sus preciosos recuerdos caían en las manos profanas de su criada, pues dejóse olvidada la llave en el escondite.

La señora Kiem sorprendió a la fámula examinando las reliquias del marido, y huelga hacer comentarios acerca de la cara que puso al encontrar en la cajita de los recuerdos, además de un retrato a lo vivo, una liga... y otras hierbas.

—¡Ah, pilló! — exclamó—. ¡Esta vez te voy a divertir yo! ¡Robustiana, prepara en seguida mis maletas! ¡Me voy a Berlín en el rápido y llegaré casi al mismo tiempo que él!

Toni, aleccionado por Mudike, fué a recibir a Kiem en la estación.

—Su señor primo, señor, se ha marchado ya, pero tengo orden de poner su casa a disposición de usted — le dijo.

Luego le metió dentro de uno de los "autos" de rápido transporte y de una sola plaza, que se alineaban frente a la estación, y se despidió de él — después de dar la dirección del

hotelito al chofer—, manifestándole que se quedaba para recoger el equipaje.

Mudike y Lili, apostados cerca del hotelito, confiados en la soledad de la calle, esperaban la llegada de Kiem.

Mudike, al ver el cochecito, mandó al otro lado de la calzada a Lili, y él quedóse oculto detrás de un árbol, vestido de apache y revólver en mano.

Cuando Kiem descendió del coche y se disponía a entrar en el hotelito, Lili salió de su escondite y se puso a gritar, horrorizada, e yendo al encuentro del provinciano:

—¡Socorro! ¡Escóndame, que un malvado quiere matarme!

Kiem miró hacia donde convergían las miradas de Lili, y, más muerto que vivo al ver asomarse detrás del árbol un arma de fuego, fué entrando de espaldas, con la cuitada abrazada a él, en el hotelito.

En éste se hallaba Elena, quien se puso inmediatamente a las órdenes de Kiem, conduciéndole a la habitación que le había sido reservada y que se hallaba en la planta baja, cerca de la puerta.

El primer cuidado de Kiem fué colocar en el lecho a la aterrada muchacha, y decirle a la doncella:

—¡Pobre mujer! Traiga tila y azahar. Esto es nervioso. ¡Figúrese: un hombre quería matarla! ¡Cierre bien la puerta, por si acaso!

Salió Elena de la habitación; y, mientras Kiem trataba de "consolar" a Lili, que sonreía ante el éxito del "truco", sostuvo esta conversación con Toni y Mudike, que acababan de llegar al hotelito:

—El provinciano se ha enternecido.

—Lili es muy lista y ha hecho el papel como era de esperar — afirmó Mudike.

Todo iba a pedir de boca, pero nadie contaba con la huésped, y ésta, la señora Kiem, que llegó en tales instantes, se encargó de desbaratar los planes de Mudike.

—¿Dónde está mi marido?

—¿Su... su marido? — dijo Toni, sospechando que ella era la mujer de Kiem.

—Sí, el señor Kiem. ¿Dónde está?

—No... no ha llegado... No... no se hospeda aquí.

—¡Falso! Estas son sus maletas.

En efecto, Toni había traído el equipaje y éste revelaba la presencia de Kiem en la casa.

Todos procuraron impedir a la señora Kiem que entrase en el cuarto donde se hallaba su marido con Lili, pero no lo lograron; y al descubrir a su esposo con otra mujer, la mari-macho, blandiendo su paraguas de provinciano, gritó, viendo confirmadas sus sospechas:

—¡Canalla!... ¿Esta es la agricultura que vienes a cultivar aquí?

Kiem temblaba como un chiquillo, mas cuando logró reaccionar un poco, replicó, amparán-

dose en lo que él creía buena acción que había realizado:

—¡Cumpló un sagrado deber!... ¡Socorrer al prójimo!



...y, mientras Kiem trataba de "consolar" a Lili...

—¡A las próximas, querrás decir! ¡Fuera de aquí, bribón!

Lili temía, y con razón, por su rostro, pero la señora Kiem se contentó con magullarle a puntapiés la retaguardia, echándola de la habitación.

A solas marido y mujer desarrollóse una escena subida de color, pero Kiem, afirmándose en su ventajosa situación de salvador de una mujer en peligro, gritaba casi tanto como su consorte, dispuesto a todo. Otra cosa hubiese sido que le hubiese sorprendido "in fraganti" con una aventura buscada por él...

Mudike era hombre de recursos y no se amilanó a pesar de que la señora Kiem era un fenómeno de malas pulgas.

—Escribe en ese papel lo que te voy a dictar — dijo a Lili, delante de todos, reunidos en consejo.

Y Lili escribió:

“Soy una mujer agradecida. A las once espero a papaíto en el “Royal Concert”.

—Entrégale este papel al viejo con disimulo entreabriendo la puerta — añadió Mudike.

Lili obedeció, pero la señora Kiem, a pesar de estar un poco distanciada de su marido, vió como éste se apoderaba de aquel papelito, y se repitió la escena de celos entre los esposos.

—¡Kiem, dame ese papel!

—¿Qué papel ni qué melones!

—¡Dame ese papel, te digo, o aquí va a venir la Ambulancia Sanitaria!

—¡No me da la gana!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—¡Que no me da la gana! ¡Que no me da la gana! ¿Lo has oído? ¡Que no me da la gana! ¡Y que me voy! ¡Yo soy el hombre, y voy a demostrarlo! ¡No faltaba más! ¡Voy... al congreso, y volveré cuando vuelva!

—¡Kiem, Kiem, Kiem!

—¡Abur!

Dió un portazo el provinciano que se sacudía el yugo de su mujer, y salió a la calle, perdiéndose pronto en una avenida llena de gente. La señora Kiem se daba a todos los demonios en la habitación, y, portándose como un héroe, Mudike, que había cursado las invitaciones para aquella misma noche, entró a calmarla.

—Señora, no se ponga usted así, por favor. Duerma un rato. Su marido ha recibido una citación urgente para presentarse en la asamblea. Ya verá usted como vuelve en seguida.

Fatigada del viaje y sobreexcitada por tantas emociones, la señora Kiem dejóse vencer y se tumbó en un diván.

Y Mudike aprovechó el sueño de la importuna mujer para prepararlo todo para la hora anunciada como principio de la fiesta.

Llegada esa hora, volvió al cuarto de la esposa de cuidado, despertóla y le dijo:

—Es tarde, señora, y su marido no lleva trazas de volver. Si quiere que le dé un buen consejo, no permita que vaya solo por ahí... Mire usted: aquí tiene una lista de los “caba-

rets" en uno de los cuales es probable que lo halle usted cenando para que le pase el mal humor. Búsquele, créame a mí. ¡Berlín encierra tantos peligros, señora!

Y le dió una lista de los "cabarets" más concurridos, omitiendo, claro está, el "Royal", pues era en éste donde se hallaría el viejo con Lili a partir de las once y hasta el otro día, o sea, hasta cuando hubiese terminado la fiesta organizada en su provecho por Mudike en el hotel del primo de Kiem.

La esposa dejóse convencer, y Mudike, al verse libre de los dos provincianos, respitó a sus anchas.

*
**

Kiem acudió a la cita dada por Lili en el "Royal".

Al verle aparecer, Lili acudió a recibirle y lo presentó a los demás artistas como su salvador.

Todos le llenaron de elogios, y considerándose un rey ante tan amable gente, el provinciano los invitó, sin exceptuar a ninguno, a beber y comer.

¡Y bien que se aprovecharon los artistas, alguno de los cuales no probaba bocado caliente más que de año en año!

¡Con decir que los pollos, los gansos, las



Todos le llenaron de elogios.

perdices y los pichones desaparecieron de la cocina como por encanto!

El dueño se congraciaba para toda la temporada con Lili; y a fin de que ésta hiciera gastar cuanto pudiera al necio de Kiem, los hizo conducir a un coquetón reservado, sirviéndoles en él una espléndida cena, rociada

de los mejores vinos, cuyas botellas eran retiradas apenas descorchadas.

La vendedora de muñecos de trapo hizo buen negocio con Kiem, la florista, ídem, y el bombonero, lo mismo. ¡Todo el mundo se aprovechaba del provinciano!

Y el dueño del "Royal" se frotaba las manos ante la bonita suma que iba alcanzando la nota del interesante cliente.

Pero Rolf, descubriendo a Lili con un hombre, no reparó en nada y fué a arrancarla de su lado, causando la natural indignación de Kiem, que se quedaba... compuesto y sin novio después de gastar como un idiota.

El dueño se puso, interiormente, tan furioso como el cliente al pedirle éste la nota para marcharse y no volver a poner jamás los pies en su "concert"; y una vez liquidada aquélla, fué al encuentro de Rolf, que se hallaba en el camarín de Lili.

—Lo sucedido esta noche me ha decidido, a pesar mío, a rescindir el contrato con usted, Rolf. De modo que ya puede usted marcharse.

—¡Está bien, señor!

Usted, Lili, si quiere, puede continuar... pero sin novio.

—¿Yo, sin mi novio? ¡De ninguna manera!

—Lo siento, pero son mis últimas palabras. No quiero espectáculos estúpidos en mi casa.

Marchóse el dueño, y los dos jóvenes quedaron mirando, interrogándose con emoción.

—¿Y de qué vamos a vivir sin contrato? — dijo Rolf, apenado.

Lili, que le había puesto al corriente de la combinación de Mudike, repuso:

—Seguramente Mudike nos dará los dos mil marcos, pues he logrado entretener bastante al viejo, y entonces...

—Vamos, pues, a verle en seguida, no vaya a llegar antes que nosotros el provinciano y nos fastidie.

—Sí, sí. Vamos.

*
**

Mudike cantaba victoria. Tenía la casa llena en todas las "dependencias".

El "buffet", regentado por Toni y Elena, acumulaba el dinero, que era una bendición.

Haciendo trampa, ganó en el juego una buena cantidad y levantóse antes de perderla o de exponerse a ser descubierta su martingala.

Todo le salía a las mil maravillas.

Lili y Rolf no pudieron, pues, llegar en mejor ocasión, ya que Mudike estaba satisfechísimo de su suerte.

—¿Y el viejo? — preguntó a Lili.

—¡ Como una cuba!

—¡ Bravo, muchacha! Y ahora que estás aquí con tu pareja, conviene que bailéis. Os dare cien marcos más. ¿Hace?

—¡ Encantados! — replicó Rolf.

Y fueron a cambiarse de ropa.

Pero antes conviene que sepamos que Kiem, que, en efecto, estaba borracho como dos cubas, fué atraído a un garito donde lograron robarle los billetes que llevaba en su cartera, pero donde, también, haciendo alarde de humanitarismo, le colgaron una nota en la espalda, que decía así:

“Me llamo Kiem. Vivo Kaiseralles, 14. Estoy completamente borracho. Llevadme a mi casa.”

Gracias a este cartel logró Kiem llegar al hotel, y apenas en él se metió en la habitación, deseando dormir la mona, y sin darse cuenta de nada.

Estando él en el lecho, Lili, para desvestirse, entró en la habitación, diciéndole a Rolf:

—En seguida salgo, amor mío. Lo que tarde en vestirme.

Pero Lili se entretuvo más de la cuenta en el cuarto, sin ver a Kiem, pues éste, en pijama, se había cubierto hasta la cabeza, y Rolf abrió la puerta para indicarle que se diese prisa en salir.

Coincidiendo con la apertura de la puerta

por Rolf, Kiem se movió en el lecho, destapándose, y Lili, que estaba junto al mismo en camisita, corrió a esconderse asustada.

¡ Y Rolf, furioso, sufrió el equívoco a que daba lugar aquella escena-

Cerró indignadísimo la puerta y clamó:

—¡ Miserable! ¡ Traidora! ¡ Hemos terminado para siempre!

Lili lloró amargamente, conmoviendo a Kiem, y Mudike, que había visto marchar a Rolf, entró en el cuarto y los vió juntos.

—¡ Ustedes aquí! — exclamó.

—¡ Pero esto es una casa de locos, o el loco soy yo! — dijo Kiem.

—Bueno, bueno... Comprendo... Déjense de penas y vamos al salón. Está celebrándose ahora un gran baile. Lili, prepárate, y a ver cómo te portas bailando.

—¿ Pero ¿ cómo quiere que baile, si Rolf se ha marchado, creyendo lo que no es?

—Ya se lo explicaré todo, no temas. Y en cuanto a la pareja que te falta, ahí la tienes, mujer. ¿ Con quién mejor que con tu papaíto?

—¿ Qué?

—¿ Yo bailar?

—¡ Esto no es una pequeña provincia, abuelito! Aquí hay que divertirse.

¡ Pero si no se bailar!

—Sí, hombre, sí. Mueva un poco el cuerpo y ya está. El caso es moverse. Ya verá usted. Le vestiremos de Nerón.

Lili no se decidía, pero la esperanza de que Mudike explicaría la verdad a Rolf y del cobro de los 2.000 marcos, la convenció.

Y bailaron el abuelito y la niña, causando aquél la hilaridad de los asistentes a la fiesta cultural.

La señora Kiem regresó en aquel momento al hotelito, fatigadísima de correr de un sitio a otro en pos del extraviado esposo; y al verle sirviendo de hazmerreír, se le subió la sangre a la cabeza.

—¡Déjenme que le dé una zurra! — gritó, pugnando por abrirse paso.

Mudike y Toni se alarmaron, y durante la carrera que emprendieron los dos esposos, se apoderaron de la mujer y la arrojaron a la calle, para que no les estorbare más.

Para vengarse, la señora Kiem avisó a la policía de los sucesos extraños que ocurrían en el hotelito en el que según el primo de su marido no debía haber nadie más que los dos criados, y la policía, comprendiendo que se trataba de una reunión clandestina, puso en movimiento a buen número de agentes.

Y nadie pudo escapar.

Mudike se ocultó, pero fué descubierto; y mientras unos policías se quedaban en la casa custodiando a los invitados, hasta que decidiera el jefe lo que debía hacerse con ellos, los otros policías se llevaban a la comisaría a Mudike y a Kiem — vestido de calle —, a éste como due-

ño provisional del hotelito, y al primero por organizador de la fiesta de "cultura".

En la "delega" tuvieron que esperar durante unas horas al jefe, en compañía de prójimos que tenían, a juzgar por lo mucho que se rascaban, innumerables amigos en la cabeza y en distintas partes del cuerpo.

Mudike, que abrigaba la seguridad de que no le sucedería nada, aprovechó la ocasión de hacer propaganda para sus polvos inyectables, pero llenó de tal modo al agente de guardia, que éste lo encerró como rebelde.

Durante la espera le robaron a Kiem el flamante sobretodo con su documentación y el sombrero, por lo que, cuando llegó el jefe, no pudo acreditar su personalidad, ya que no recuperó sus prendas, por habérselas llevado, en un cesto, un detenido provisional que fué puesto en libertad después de amonestado.

—¿Tiene usted aquí a alguien que pueda atestiguar su personalidad? — le preguntó el jefe.

—Sí, señor — dijo Kiem—. Es mi mujer... pero en este caso sería un estorbo...

—Siéntense y esperen.

—Yo, señor, insisto en que no soy culpable de nada — dijo Mudike, que deseaba descargarse en Kiem.

—Siéntese, le he dicho, y ya veremos — le interrumpió el jefe.

La señora Kiem se arrepentía de haber avisado a la policía. Su venganza había sido de

consecuencias funestas. ¿Qué sería de Kiem?

Lilí y Elena, que se habían quedado sin novio, aquélla porque él creyó lo que no era y la segunda porque Toni le echó en cara que ella tenía la culpa de que él hubiese aceptado alquilarle el hotelito a Mudike, estaban sin consuelo, y, apiadadas del gran dolor de la señora Kiem, fueron a revelarles la verdad.

—Su marido es inocente de todo, señora... Es más bueno que el pan e incapaz de hacer daño a nadie. La culpa la tiene Mudike, un fresco de marca mayor que nos ha puesto a todos en un lío fenomenal — explicó Lilí.

Y luego le detallaron todo lo ocurrido, sin omitir nada.

—¡Qué loca he sido! — gimió la señora Kiem, llorando a raudales.

Y las tres mujeres se abrazaron, apiadándose mutuamente de su infortunio.

No había tiempo que perder. Telefonearían a la Comisaría para tratar de salvar a Kiem.

En aquel instante entraron en la habitación donde se hallaban las tres mujeres Toni y Rolf.

—¡Elena! — exclamó Toni.

—¡Lilí! — dijo Rolf.

Las perdonaban, pues habían comprendido que todo lo hecho por ellas no obedecía sino al ferviente deseo de casarse con ellos.

La única sin alegría, después de la reconciliación de las dos parejas, era la señora Kiem.

Pero telefoneó en seguida al comisario de

policía, y éste contestó optimista, suplicándoles que se personasen en la Comisaría para esclarecer quién era el verdadero culpable de lo sucedido.

—¡Corramos allá! — dijo la señora Keim.



—¡Qué loca he sido!

—Sí, corramos, pero, antes, escúcheme — le respondió Lilí—. Usted ama a su marido y acaba de decirnos que está dispuesta a todos los sacrificios para que él sea feliz a su lado. Pues bien: déjeme hacer a mí; entréguese usted en mis manos.

—¿Qué va usted a hacer?

—Transformarla. Hacer desaparecer de usted la apariencia ridícula que le dan sus vestidos y su peinado y sus gafas, que no necesita para nada, según he visto.



—¿Qué va usted a hacer?

—Pero...

—Le aseguro que su marido no volverá a desear ningún viaje para... cambiar de aires.

La estrafalaria mujer dejóse convencer, y

cuando presentóse en la Comisaría, Kiem recibió la más agradable sorpresa que pudiera esperar: ¡su mujer era hermosa, tal como él quería que fuese!

—¡Amor mío! — le dijo, abrazándola enamorado.

—¡Kiemito de mi corazón!

La culpabilidad de Mudike no dejó lugar a dudas, y mientras el fresco iba camino de la cárcel, Lili y Rolf, y Elena y Toni, suspiraban por casarse.

Los Kiem, que parecían dos tórtolos, quisieron que su nueva era de felicidad estuviese llena de bendiciones, y dijo la esposa, después de firmar dos cheques, uno de mil marcos para los criados y otro de dos mil marcos para los artistas:

—¡Cásense ustedes y sean tan felices como nosotros!

Y les faltó tiempo a los enamorados para ir a realizar el sueño de su vida.

La señora Kiem se cogió amorosamente del brazo de su esposo, y, renunciando a sus ambiciones varoniles para ser la adorable fémina, le dijo entregándole el talonario de cheques:

—Toma, desde hoy quien manda en casa eres tú.

Y se acabaron los peligrosos viajes a Berlín.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO: La interesante novela

LA PEQUEÑA MISS DAWIS

por Vera Reynolds, Víctor Varconi,
Teodoro Kosloff, etc.

GRAN ÉXITO en las selectas
EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
de la extraordinaria producción,
premiada en el Concurso de La Haya,

La Princesa Mártir

por

Lucienne Legrand

Es una maravilla del afamado
REPERTORIO DULCINEA
M. DE MIGUEL

32 ilustraciones fotográficas

Artística portada

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID